



Necrológicas

Los Maestros pueden serlo en muy diversas facetas, y la Medicina no es una excepción. Justo es recordar a quien te ha enseñado a andar por la vida profesional, a quien te inició en los conocimientos teórico-prácticos de una determinada especialidad. Pero también es de ley recordar, una vez más, que la Medicina es ciencia y es arte. Y en este sentido, al menos a nuestro juicio, tan importante o más que lo anterior es haber tenido la oportunidad de convivir durante años junto a una persona que día tras día nos dio muestras de equidad, de convivencia y de respeto a las normas éticas profesionales, tan necesarias en todo tiempo.

Estas son las reflexiones que primeramente acudieron a mi mente a la muerte de don Ramón Zumárraga Larrea, de quien fuimos, junto a otros muchos, y de ello me enorgullezco, discípulo, compañero y amigo por espacio de más de veinte años en nuestra Tebaida de Santa Marina.

En mi ánimo están los nombres de otros muchos compañeros que desde la Universidad hasta el presente dejaron alguna huella en el desván de los recuerdos por sus conocimientos, su capacidad de docencia, su proyección social o su carisma profesional.

Pero ninguno caló tan hondo en el recuerdo emocionado y agradecido como don Ramón. Junto a él aprendimos que el paciente se denomina así no sólo por padecer sufrimientos varios, sino por tener paciencia para soportarlos (la misma que ha de tener el médico en su relación con ellos); que el compañero no es un mero formulismo epistolar, sino un profesional a quien respetar y escuchar cualquiera sea su edad, status social o nivel intelectual, y que la Medicina, aunque profesión y medio de vida, no es una inversión o negocio, sino algo más.

No es de extrañar, como consecuencia de lo anterior, que su consejo, su opinión y su ayuda fuesen solicitadas por unos y por otros. Y ello en base a una formación humanística tan propia de los médicos antiguos y que, desgraciadamente, se va perdiendo a jirones entre los dientes de lo que hemos dado en llamar medicina social.

Fue lector infatigable, melómano apasionado, pintor autodidacta y conversador amenísimo como pocos. Y todo ello aderezado con una gracia sin igual y una «casta» (perdón por la expresión) que a todos admiraba y atraía. ¡Qué hermosa docencia ejer-

cida día a día en el hospital, en la consulta, en su casa, en la calle!

Fue médico siempre y para todos sin distinción. Pero también fue paciente en numerosas ocasiones, lo que le hizo incrementar el sentido humano de la profesión. Tuvo experiencia familiar de la minusvalía, y ello le permitió ayudar a tantos padres a los que en situación similar les flaqueaban sus fuerzas ante el problema planteado.

Desempeñó puestos de responsabilidad: Director de Santa Marina durante cuarenta años, Presidente de la Academia de Ciencias Médicas, Presidente de la Comisión Deontológica Colegial, Presidente de la Asociación Vizcaína de Subnormales, Vicepresidente de la Sociedad Española de Patología Respiratoria, etc. Por donde quiera que fue, grato recuerdo dejó.

No es de extrañar que quienes tanto le debemos, sobre todo por nuestra vinculación a Santa Marina, sintamos profundo dolor ante su ausencia y creamos de justicia despedirle con las palabras del sabio griego: «Y habrás vivido si cuando mueras produces desconsuelo a mucha gente.»

I.F.M.-G.

Cuando un médico ha dedicado casi cincuenta años al cuidado de los enfermos tiene merecida su jubilación, a fin de dedicarla a satisfacer aquellas otras facetas de su vida a las que dedicó su ilusión, sus días de descanso y sus vacaciones.

Sobre todo cuando su alejamiento de las actividades profesionales tuvo lugar en un momento de plenitud de facultades físicas y mentales. Mas si cuando tal acontece todas las ilusiones y proyectos se ven truncados por la muerte, resulta injusto para quienes somos observadores de los hechos comprobar cómo ciertas personas queridas se han visto privadas de tan legítimo derecho.

Tal nos ha ocurrido con la pérdida de don Fernando Múgica e Iza, a quien una enfermedad súbita y fatal alejó de nuestro lado para siempre. Y ello es así porque a lo largo de su vida dedicó especial atención a los deportes, a la naturaleza, a la música y a la amistad, que amplió, con su trato cordial y afable, una familia de suyo ya numerosa.

Su recuerdo permanecerá en la mente de quienes tuvimos la suerte de ser sus compa-

ñeros del Hospital de Santa Marina, de Bilbao, sus amigos de la SEPAR en congresos y viajes, sus colegas bilbaínos, sus enfermos y sus familiares.

En el terreno profesional fue pionero y adelantado en numerosas ocasiones: en la cirugía torácica practicando los primeros neumotórax extrapleurales y resecciones pulmonares de Vizcaya; en clínica tísico y neumológica llevando durante muchos años la dirección del Pabellón Briñas en Santa Marina; en medicina preventiva como fundador y partícipe de un equipo de fotoseriación modélico por su casuística y resultados.

Pero, sobre todo y ante todo, porque en cuantas actividades profesionales participó dio muestras reiteradas de un señorío, de una caballerosidad y de un respeto a los demás digno de recuerdo, y que, junto a su elegancia innata y su saber estar en todo momento y lugar, hicieron de él un profesional acreditado, un ejemplo para los jóvenes y un modelo para todos sus compañeros y amigos.

Mas su espíritu polifacético consideraba insuficiente la dedicación a la Medicina. Junto a ella, y desde muy joven, fue un deportista fenomenal y bien dotado. Magnífico esquiador hasta que un accidente desgraciado le impidió continuar calzando esquies y operando, dedicó en adelante muchas horas de su vida a la montaña, cosechando escaladas vizcaínas, nacionales e internacionales. Aún tenemos bien clara en nuestra retina la imagen de su subida al Teide coincidiendo con el Congreso de la SEPAR en Canarias, adonde llegó de los primeros, fresco y tranquilo como si nada, mientras los demás disimulábamos nuestra disnea atando los cordones de los zapatos o mirando al horizonte con cara de circunstancias.

Hizo honor en su vida profesional y deportiva a la frase de Pascal: «Es preferible saber un poco de todo que no saber todo de una cosa.»

Por todo ello y porque su recuerdo está presente en todos nosotros, vivo y palpitante, es por lo que, a la vez que enviamos nuestro pésame a Mercedes Blanch, su esposa, y a sus hijos, sentimos un profundo pesar por su ausencia en el trabajo, en la amistad y en la SEPAR.

I.F.M.-G.